

parte que hubiese podido comprometerlos. «Uno de ellos me invitó con el mayor ahinco á quebrantar mis prisiones, ofreciéndome su ayuda para conseguirlo... mas nunca he querido acceder á ello, por deber y por honor: por deber, para no esponer á los que estaban encargados de mi custodia, y por honor, porque en todo trance preferia sufrir las consecuencias de un proceso injusto antes que cubrirme de una apariencia de culpabilidad con una evasion indigna de mi carácter. Si en 31 de mayo consentí en ser detenida, no fué con intencion de escaparme despues... ¿Y en qué tiempo, en qué pueblo del orbe se vió jamas traducir en crimen la fidelidad á los sentimientos de estima y fraternidad que unen á los hombres entre sí?... Fácil le hubiéra sido á mi valor sustraerme al juicio que estaba previendo; pero he juzgado mas conveniente sufrirlo, dar este ejemplo á mi patria, y, supuesto que habia de ser condenada, dejar á la tiranía la odiosidad de inmolar á una muger que no tuvo mas falta que algunos talentos de que jamas se prevaleció, un gran zelo por el bien de la humanidad, y el valor de reconocer á sus amigos en la desgracia y hacer justicia á la virtud con riesgo de su vida. Las almas que tienen un tanto de elevacion saben olvidarse de sí mismas, sienten que deben consagrarse al bien de la especie entera, y no se atienden á sí propias sino con respecto á la posteridad... Cuando la inocencia se encamina al suplicio, condenada por el error ó la perversidad, créese llegar á la gloria. ¡Ojalá sea yo la última víctima que se inmole al espíritu de partido! Saldré gozosa de esta tierra desventurada, que devora á los hombres de bien y se sacia con la sangre de los justos. ¡Verdad, patria, amistad, objetos sacrosantos, sentimientos gratos á mi corazon, recibid mi último sacrificio! á vosotros consagré toda mi vida; dadme en cambio una muerte apacible y gloriosa. ¡Justo cielo! ilumina á este pueblo libre para quien ansiaba yo la libertad... La libertad es para las almas nobles que desprecian la muerte y saben dársela cuando conviene; no para los hombres menguados que contemporizan con el crimen, solapando con el nombre de prudencia su egoismo y cobardía; no para los hombres corrompidos que salen del lecho de la disolucion ó del cienágo de la

miseria para cebarse en la sangre que mana de los patíbulos. Es para el pueblo sensato amante de la humanidad, que protege la justicia, menosprecia sus aduladores, conoce sus verdaderos amigos y respeta la verdad. Mientras no seais un pueblo tal, ó mis conciudadanos! en vano hablareis de libertad, solo tendreis una licencia de que ireis siendo víctimas cada uno por su turno. Pedireis pan, y no se os dará mas que cadáveres.» Quiso despedirse de todos: «Adios, hija mia, esposo, doncella; adios, sol brillante, cuyos rayos traian á mi alma la serenidad cual la difunden por el cielo. Adios, compañeras solitarias, cuya presencia tantas veces me conmoviera! Y vosotros, rústicos habitantes de Theséa, que colmabais de bendiciones mi presencia, cuyos sudores yo enjugaba, cuya miseria yo suavizaba, y cuyos enfermos yo cuidaba, adios! adios, pacíficos gabinetes donde nutrí mi entendimiento con la verdad, donde cautivé mi imaginacion con el estudio, y donde en el silencio de la meditacion aprendí á refrenar mis sentidos y despreciar la vanidad! Adios, hija mia idolatrada, tu á quien nutrí con mi leche y á quien quisiéramos poder inspirar todos mis sentimientos! tiempo vendrá en que podrás juzgar de la violencia que ahora me hago para no dejarme ablandar con tu imagen adorada. Te abrazo con todo mi corazon. Adios, mi Eudora.»

Repíte igualmente el adios á su infeliz doncella; y envia un rizo de su pelo á su fiel amigo Jany, quien recogió posteriormente á su Eudora, y la casó mas tarde con su hijo. Muchas veces permanecia con ella en la cárcel cinco horas seguidas, y hé aquí lo que esplica: «Habia tenido ocasion de admirarla en las demas circunstancias de su vida; mas nunca la aprecié en su justo valor tan bien como en la cárcel. ¡Qué dignidad era la suya puesta en prisiones! lo mismo estaba allí que sentada en un trono. Yo me llegaba á su calabozo cual se llega á un templo, sin que dia alguno dejase de hacer nuevas ofrendas de veneracion á la divinidad que lo habitaba (1).

Al dia siguiente compareció ante el tribunal, y viósele lle-

(1) *Discurso preliminar*, pág. 14.

gar con su acostumbrada firmeza. Habíase vestido de blanco y con esmero; sus largos y negros cabellos caían sueltos hasta su cintura. Al entrar en la sala, ninguna alteracion se notó en su semblante, y recorrió con la vista todo cuanto estaba al rededor. Tal era la suavidad que sus ojos despedían, que cualquiera hubiéra dicho que no era ella la interesada del suceso que se estaba preparando. Una vez subida al asiento fatal, en nada se alteró su continente.

Una carta que habia escrito á Duperret, en la cual le manifestaba lo mucho que se interesaba á favor de los proscritos del 2 de junio, fué uno de los principales títulos de condena para madama Rolland. Los testigos que se produjeron contra ella declararon que se habian reunido en su mesa Brissot y sus partidarios, que allí se ponía descaradamente en ridículo á los patriotas mas puros y decididos; y que ella era cómplice en la conspiracion que se habia tramado en el gabinete de su marido. Lo que llenó á todos de horror, fué que entre los testigos compareció una señorita llamada Mignot, maestra de Eudora, á quien se la confiaron para que la educase en un retiro lejos de los trastornos de la capital, á quien habian colmado de beneficios, y á quien madama Rolland tenia encargada una distribucion mensual de limosnas para ejemplo de su hija, á fin de que esta contrajese el hábito y aun la necesidad de dedicarse á unos actos tan laudables.

Entonces se levantó madama Rolland, y apenas habia proferido algunas palabras para su defensa y la de sus amigos, cuando la interrumpe á secas el presidente, diciéndole que no podia abusar de la palabra en alabanza del crimen, esto es, de Brissot y consortes.

Irritada con tan insultante brutalidad vuélvese hácia los espectadores, y dice: «Ciudadanos, á vosotros tomo por testigos de la violencia que se me hace.» Al punto los asalariados del tribunal soltaron sus horribles vociferaciones, gritando: «¡Abajo los traidores!»

Entonces aguardó silenciosamente su sentencia; y cuando el presidente hubo pronunciado el fallo de muerte, fundado en que era convicta de haber sido uno de los autores ó cómplices de la horrible conspiracion tramada contra la unidad é

indivisibilidad de la república, y la libertad y seguridad del pueblo francés; ella dirigió al tribunal estas palabras: «Me juzgais digna de participar de la suerte de los grandes hombres que habeis asesinado; yo procuraré tener en el patíbulo el valor que ellos tuvieron.»

Bajó para volver á su encierro y esperar allí el momento de la ejecucion, manifestando en su aire y semblante una especie de satisfaccion en vez de abatimiento, é indicó á los presos con una accion demostrativa que estaba condenada á muerte. Cuando subió al carro sangriento se vió acompañada con un hombre que debia correr igual suerte, pero que no la igualaba en valor. (Era un llamado Lamarche, antiguo director de la fabricacion de asignados.) Pero ella consiguió inspirársele, y conversando con él le manifestó una jovialidad tan apacible y verdadera, que por repetidas veces le hizo sonreír.

La multitud que se hallaba en el tránsito, movida á lástima y llena de admiracion, guardaba profundo silencio, tan solo interrumpido por los clamores de los furibundos. «*A la guillotina! á la guillotina!*» Madama Rolland respondió con una dulzura mezclada de dignidad: «Allá voy, al instante estaré en ella; pero los que allá me envían no tardarán en seguirme. Yo voy al patíbulo inocente, y ellos irán criminales; y vosotros que hoy aplaudís, tambien entonces aplaudireis.»

Al llegar á la plaza de la Revolucion, inclinóse ante la estatua de la Libertad, y profirió estas palabras memorables: «*¡O Libertad, cuantos crímenes se cometen en tu nombre!*»

Hallándose ya al pie del cadalso, dijo á su compañero con suma gracia y olvidándose generosamente de sí misma: «*Suba Vd. primero; así por lo menos le evitaré á Vd. el dolor de ver correr mi sangre.*»

¿Podráse creer que tanta sublimidad fuese indignamente desfigurada en los periódicos de la época, y que se hallasen hombres de naturaleza tan cenagosa para escribir lo siguiente en la *Feuille du salut public*, el *Moniteur*, etc.?: «La muger Rolland, erudita con vastos proyectos, filósofa en correspondencia privada, reina de un momento, y rodeada de

escritores mercenarios, á quienes daba banquetes y distribuía gracias, empleos y dinero, fué *un monstruo bajo todos respectos*. Su aire desdenoso para con el pueblo y los jueces por él escogidos, la orgullosa tenacidad de sus respuestas, su irónica jovialidad y la firmeza de que hacia alarde en el tránsito desde el tribunal hasta la plaza de la Revolucion, son otras tantas pruebas de que no la ocupaba ningun recuerdo doloroso. Y sin embargo era madre; pero habia sacrificado la naturaleza con quererse elevar sobre ella; el deseo de ser sabia la condujo al olvido de las virtudes de su sexo, y este olvido siempre peligroso acabó por conducirla al patíbulo.»

Murió de edad de treinta y nueve años, en 10 de noviembre de 1793. Muchas veces habia dicho que su marido no le sobreviviria; y efectivamente, no bien supo Rolland la muerte de su esposa, cuando sobrecogido de siniestra desesperacion fué á suicidarse en la carretera de Ruan, en cuya ciudad se habia refugiado. Hallósele encima este billete: «Quien quiera que fueres que me halles aquí yerto, respeta mis despojos: son los de un hombre que consagró toda su vida á ser útil, y que ha muerto tal como vivió, virtuoso y honrado... Al instante en que supe que habian asesinado á mi esposa, no quise estar mas tiempo sobre una tierra manchada de crímenes. «¿Pero puede darse algo de mas bello que una tal conviccion de simpatías, y que la íntima conciencia de una adhesion tan profunda entre dos corazones que baste á inspirarles que el momento de la muerte del uno será el mismo en que se romperá el hilo de la existencia del otro?»

Al morir tuvo el pesar de no poder transmitir los nuevos y extraordinarios sentimientos que habia experimentado en el tránsito desde la Consergería hasta la plaza de la Revolucion. Al efecto pidió papel y pluma, pero le fué negado. Lo mismo hubiérase escrito al pie del cadalso que en su bufete. (1).

Sus dos criados, el bizarro Lecocq y la fiel Fleury, cuyos nombres son dignos de perpetuarse en la memoria de los

(1) *Discurso preliminar*, pag. 63.

hombres, quisieron seguirla al patíbulo: logrólo el primero, pero el dolor trastornó de tal modo el espíritu de la segunda, que no pudo conseguir que la condenasen, habiéndola absuelto por loca el tribunal. En lo sucesivo continuó sirviendo á la hija de su ama.

Mas, ay! este ejemplo no tuvo imitadores. Lanthenas, que era el amigo mas antiguo de Rolland, el que su esposa apellidaba con el dulce nombre de hermano, el que durante veinte años fué testigo de sus virtudes públicas y privadas, este Lanthenas no se atrevió á salir por Rolland en la convencion, ni tuvo valor para subir á la tribuna y manifestar lo que su corazon y su conciencia le impulsaban á publicar (1). Sentóse en lo mas elevado de la Montaña, y no se avergonzó de deber su salvacion á Marat, quien le hizo pasar por pobre de espíritu. Pache, que habia trabajado con Rolland durante su primer ministerio; que habia recibido las mas relevantes pruebas de aprecio y amistad; que, cuando Rolland trató de salir del ministerio y aceptar la eleccion de diputado que hizo en su favor el departamento del Soma, fué el primero en que pensó para que le sucediese; á cuyo fin redactó madama Rolland con entusiasmo una esposicion para la convencion; ¿quien pudiera creer, dice el biógrafo ya citado, que pocos meses despues ese mismo Pache, sin motivo alguno de enemistad, fuese el mas implacable enemigo de Rolland y su esposa, y quien precipitara su ruina?

Si una hija del Tiber ó el Eurotas, preparada por la educacion, fortalecida por las costumbres y exaltada por el ejemplo, se ha elevado á las virtudes mas sublimes de su patria; la posteridad, al paso que celebrará la gloria de su nombre, se allanará á la posibilidad de un heroismo que verá emanado de semejantes elementos; pero si una muger que jamas ha tenido á la vista mas que costumbres ordinarias, serviles preocupaciones, absurdas preeminencias, apocadas y mezquinas teorías, pueriles supersticiones, sujecio-

(1) *Discurso preliminar*.

nes y bajezas, se halla pronta y dispuesta cuando se dé la señal, y sin mas ayuda que el mismo temple de su alma; se presenta aun mas grande tal vez que cuanto habia existido antes, esto es lo que con dificultad se creerá, y lo que realizó madama Rolland!

¡Cuan generosamente se deja arrebatar al grito de público afán! cual vuela su alma á socorrer la patria! cuan bella se presenta con su abnegacion y olvido de sí misma! qué colmo de sublimes sentimientos! que superabundancia de nobleza! ni puede imaginar como es que se vacila en inmolarsé por el bien público. Y por otra parte, ¡qué foco de luces la inunda como por encanto! que raudales de elocuencia! qué magnífico período, en los cuales, como dice Ciceron de los de Hortensia, siempre estalla al final algun relámpago! Mas, á la proximidad de la muerte y en la cárcel es cuando ostenta toda la nobleza, acompañada de gracia y soltura, que es capaz de producir la humana naturaleza, y todo el ascendiente y la fuerza que es susceptible de conservar en el mas completo abandono y condenada á morir. Tal vez nunca, en los dias mas venturosos de su prosperidad, habia ella derramado tantos tesoros de consuelo y tantos beneficios en los corazones, como los que distribuia en medio de la muchedumbre de compañeros de desgracia, cuyo valor reanimaba con sus palabras y presencia de ánimo (1).

(1) Los SS. Buchez y Roux, en su *Historia parlamentaria de la Revolución*, tomo 1.º, pág. 99, tienen valor para negar la autenticidad de las *Memorias de madama Rolland*; y es preciso confesar que son muy triviales las razones en que se fundan. La primera parte, dicen, tan solo está justificada por la mencion que se hace en el boletín del tribunal revolucionario de una memoria justificativa cuya lectura emprendió madama Rolland en presencia de sus jueces; y su existencia no se apoya sino en la posibilidad de haberse conservado aquel manuscrito. En cuanto á las otras cuatro partes, véase qué extraño modo de raciocinar: «Parece, añaden, harto bien adaptadas al gusto de la sociedad termidoriana para que se dude ni un instante en tenerlas por apócrifas. Cuapdo se trataba de rehabilitar las víctimas del sistema de terror, se cuidaba para allagar, de presentarlas como si hubiesen tenido una vida dada á los placeres, á las diversiones y á todos los vicios agradables. ¿Y como no se habia de tener en execracion á unos hombres feroces, que bajo el quimérico y vano pretesto de la salud pública, trastor-

naron, rompieron ó dieron tormento á unas existencias consagradas al bien-estar y al deleite? Véase, pues, como efectivamente las *Memorias* de madama Rolland están llenas de esta clase de pinturas....»

En primer lugar, no es exacto que la parte primera se halle justificada por la circunstancia expresada en el referido boletín; pues la *Memoria justificativa* no es mas que la defensa que ella debia leer, que principia con estas palabras: *La acusacion que se me hace*, etc. De ahí resulta que ni siquiera existiria aquella prueba; pero desaparece toda duda aun cuando quiera prescindirse de la fuerza penetrante y de la autenticidad virtual que respira la obra, y que ningun escritor es capaz de remedar por lo muy sublime del ingenio, si se considera el testimonio que publicó el virtuoso M. Bosc, primer editor, en que declara que tiene en su poder el manuscrito hecho enteramente de mano de su desventurada amiga; cuyo testimonio está firmado por él, y se halla en cabeza de la segunda parte, impresa á beneficio de *la hija única del autor*. Luego existe la autoridad de M. Champagneux, que fué el segundo editor de las mismas *Memorias*, quien declara que su autor es madama Rolland. Estos dos sajetos fidedignos no se hubieran atrevido á mentir tan desearadamente á la faz de su siglo y de la posteridad.